

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



14

TRADICIONES DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS



UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA
CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

14

Guatemala, Centroamérica

1980

CRONICAS

ZODIACO DE COLORES

José Rodríguez Cerna

La ceiba tutelar de Jocotenango tuvo la maternidad de la feria capitalina. La amamantó con savias autóctonas, cobijó su iniciación de colorines y la vio levantarse bajo sus alas gráciles y enormes. Asimismo presidió gigantescamente, en función de **gentus locis**, el crecimiento urbano. Como antaño el de los pueblos del **Popol-Vuh**.

Desgranó para la celebración maíz de sol, la roció de miel de chirimías y la entibió de fogatas. La sentía bajo su copa, a la que sabían a enredarse palabras quichés y cakchiqueles. Hasta ella llegaba el tumulto bovino en vastos mugidos quejumbrosos. Al pie de su tronco robustecido de jugos cósmicos, elevaron tiendas livianas los trotacaminos comerciantes. Ellos cuchicheaban a su sombra inmemorial, como lo hubiese hecho la ceiba misma. Iba quedando a su pie el limo de que procedieron Icbalam, Majucutaj, Quicab el Grande, Tecún Umán. Era divinidad vegetal presidiendo intercambios y peregrinaciones. Estaba entonces a orillas de la ciudad, a la que había dado leche nutriz. Barbuda como el dios Término o los ríos en la escultura clásica.

Numerosa como un bosque, está sobre los poblados amparándolos y haciendo caer sobre ellos la bendición de sus cápsulas ovaladas y sus flores blancas. Se la rinde culto céltico como a la encina gala. Fue, pues, madre venerable de la celebración, que desarrolló iniciaciones a su égida verde y rumorosa. Bajo ella y en sus aledaños brotó la armazón de trapo y banderolas de las cantinas, los restaurantes, los chamizos en que los borrachines alegraban horas de trago blanco y bordoneos de guitarra.

Serpentineaban acordes de Strauss y Waldteufel. Chirriaban frituras en cocinas cobijadas por tenderetes. Había rondas de chuchos, que luego salían en fuga arrastrando gritos. Y a veces el liviano conjunto, la efímera ciudad de lienzo, era estrujada por la tempestad.

... Señoritas de sombreros con frutas y flores, novios angustiados a cada puerta de restaurante con mármoles, marimba en plataforma de madera y camareros de tintineantes bandejas. Desfiles matrimoniales: él, respetable funcionario; ella, distinguida matrona. Caritas rosadas, flotantes blusas con áncoras marineras, ruedan al compás de un piano de manubrio en el tiovivo de caballitos pintados y con dientes que tiran mordiscos.

Sentados en el suelo, casi desaparecidos entre la muchedumbre que aprieta vaivenes, los indios extienden telas, coloreados rosarios con yema de rapaduritas, guacales, arañados de grecas. Calofríos codiciosos tiemblan en las ruletas. Ojos encarnizados, facies pálidas, manos que se aprietan: los chinos hacen complicados cálculos. Prestidigitadores de dados y bolitas o de naipes explotan la boquiabierta candidez provinciana. Con escopetas de viento se tira a patitos de madera que van pasando enfilados al fondo de la barraca. En un puesto hay cuchillos al servicio de la destreza, mientras el viejo propietario se regocija y regocija con desvergüenza. Está la prueba del cincho enrollado: "si lo ensartas, pierdes, y si no lo ensartas, perdiste".

Positivamente, esos soldaditos que andan francos no saben qué hacer. Se detienen un momento ante los salones. Pellizcan a las criadas de rebozos amarillos, que los insultan ("¡Indios lamidos, por qué no van a tentar a su madre!"). Se cuadran ceremoniosos ante un capitán que pasa, salen asombrados de la covacha de la mujer araña y concluyen por sentarse en los bancos de un fondín para comer tamalitos blancos y beber tragos de aguardiente. Se encuentran con vecinos del pueblo natal, siguen la juerga y concluyen por irse trastumbando al cuartel, en donde les esperan reprimendas, golpes y calabozo.

La ciudad se estruja, amasa, suda y se hace más densa al caer la tarde. Los curiosos se aglomeran en los barandales de madera para ver en el baile a las mismas parejas que pasan interminablemente. Los caballeros que obsequian con licores finos, miran al público con abarcador orgullo de potentados. Los que quieren y no pueden se oyen llamar burlonamente "chancles aguacateros".

Algunos desarrapados con barba de tres días y saturación y temblores de alcohol, tienden la mano para quitarse la "goma" y son grandes amigos de cuantos pasan a su lado. Están con paludismo,

acaban de salir de hospital, tienen que enterrar a un su niño muerto que yace en el cuarto miserable entre velas tristes —o su señora agoniza de parto—. Un borracho despeinado y "muy hombre" forcejea entre policiales resistiéndose a pasar. Las luces lo envuelven todo en un halo, sucio de humo. La ceiba mantiene brindis de estrellas.

Pero la feria se alejó de ella con pasos de emancipación, para darse en doncellez a los vientos que saben a carne campesina y vienen emponchados desde la sierra distante. El toldo del cielo la cobijó entonces, enloqueciéndola con su rueda giratoria de constelaciones, untándola de luna o refrescándola con los aguaceros que dejan limpia la ropa de nubes tendida al sol. Tenía aún los pies descalzos y en los cabellos se le enredaban hierbas de hontanares. Bebía agua limpia y buena en cuencos de barro. Atirantaba con un pial fogosidades de novillo y ahijaba a gritos lentitudes bovinas. Regateaba por el Llano del Cuadro entumultado de cuernos, se ponía caites de lodo y en su loza aborigen había jarrones de crepúsculo.

Gritaba y reía como los arroyos entre roquedales. Músculos fuertes como cueros trenzados. En sus pulmones estaba el horizonte y absorbía las primeras horas del amanecer, cuando los luceros más claros se van a dormir. Corazón en amplitud de mano abierta, ojos llenos de caminos arduos, voluntad de alegría como fogata de San Juan. Sencilla y cordial, olorosa a banano maduro, a tamales calientes, a pólvora de pirotecnia. Ahita de licores ardientes de la tierra, jugándose en las rifas montones de plata y asida de la cintura por la polka y el vals. Deshecha en flámulas y derretida en juventud. Sentada a orillas de la ciudad y ofreciendo sus labios a los labios del monte. Urbana, montañesa y pampera. Y en oración frente a la Virgen de la Asunción, azul y luminosa como la dejó el Greco en Toledo.

Siguió sin detenerse, llevada por el tiempo y dejando atrás lo que fue. Del rancho pasó a la alcoba y del tapexco al diván. La mengala crujiente de almidones, cabellos enmantecados y peineta de celuloide se carmina de Max Factor, flapperiza la cabellera y se yoda de vampirismo las ojeras desveladas. La marimba de tecomates se quedó lejos, bajo soportales de mediagua con piso de tierra y horcones. Y los oídos se radioelectrizan. El ganadero que comió a manteles amables de don José Milla, después de haber saltado sobre trotes camperos, dejó a las puertas de la ciudad —en transformación como él— látigos, espuelas ensangrentadas y sillas sudadas de cansancio. Sirenazos de automóvil en vez de los anchos mugidos que endulzaron la égloga y paz los occidentes y las madrugadas, ondulando sobre el embeleso en quietud de los campos verdes.

"Don Segundo Sombra" apuesta al totalizador, mientras sus pupilas huérfanas de pampa empujan exhalaciones equinas —el jockey sobre el cuello veloz— y se humedece los bigotes ríspidos no con mate sino con jaibol. En vez de farolillos chinos de papel hay frutescencia eléctrica. Los focos tiemblan a la orilla del barranco. En stands y escaparates se industrializan campo, taller y montaña. El horizonte se enreda en incipientes ruedas de Chicago, que le alborotan la pelambre a Juan Chapín. Leyendas y tradiciones están lejanas y azules como las serranías. Holsteins para alimentar un pueblo suceden a polvorientos patachos de Honduras, carneados por zopilotes en eternidad de caminos. Atropellándose, saltando juvenilmente los unos sobre los otros, haciéndose nudo de patas y cuernos, los ganados venían como hordas escitas sobre la capital. Batilo y Nemoroso se desorientan entre la maquinaria agrícola, complicada y sabia como un cerebro. El maestro de obra prima encuentra que sus manos incumplidas van siendo inútiles ya. Samuel Butler proclamaría de nuevo que la máquina fue creada por el hombre no para que lo libertara sino para hacerlo su esclavo.

Por las calles hacia la feria gallardizaban gauchismos de escultórica vivacidad. Rápida visión de praderas, de regiones en que se come tasajo y se doman caballos cerriles. Los jóvenes capitalinos amaban los caracoleos, todos llenos de sobrebotas, grandes sombreros, camisas abiertas y pañuelos al cuello, para admirar a las familias en las ventanas enrejadas de hierro. Iban cerca irrisión de pencos y dureza de albardas. La inutilidad de talonazos a caballejos flácidos deslucía al par de gentiles atrevimientos que "sacaban plumas" al potro veloz.

Cerca de la ciudad, agarrándose de las últimas casas, la feria fue campestre, vestida de humildes vegetaciones folklóricas. Olía a potrero y a montaña. En las goteras se instalaba el rusticismo, con ganaderos y reservas indias. E inversamente, al alejarse de la ciudad, al aproximarse a los palmoreos del horizonte que la urgían, se industrializó modernizándose.

El contacto con la naturaleza la convirtió en urbana, a la orilla de abismos con helechos y plantas que asen desesperadamente su engarbatado instinto de conservación. Más próxima de la estupefacta crestería de la cordillera.

El campo vino a la ciudad: la ciudad se ha ido al campo. Más allá de su pomerium, la capital se hinche de ilimitados oxígenos. La transacción menuda de la juega pueblerina y gritona va de la carpa al salón de exhibiciones. El muestrario se convierte en exposición. Nace la feria bajo advocación católica. La patrona de la ciudad la genera y la

protege. Se inició en el culto, pero se expandió en ondas cada vez más prácticas y lejanas. Siempre las ferias se han acogido a divinidades tutelares, a númenes religiosos. En las gradas, en los pórticos de los templos, los mercaderes levantan sus tiendas. Los sacerdotes sacrifican mientras las monedas corren en mesas transaccionales. Denarios, dracmas, sextercios, dólares, a cambio de lo que la tierra produce o la industria transforma o extrae. Los actos colectivos van siempre más allá de sus orígenes y llegan a olvidarlos. Nuestra Señora es un poco la desterrada de la celebración: la ola vital sobrepasó la advocación genitora.

Mas nos tira en el lluvioso agosto el cordón umbilical y la nostalgia vuelve a los viejos campos iniciales. Al sur están ya esplendores y realizaciones de auténtica modernidad. Mas por Jocotenango, no la feria sino su evocación primitiva, sigue viéndose en charcos invernales y se arremanga para evitarse pringues de lodo. Todavía los indios traen su autoctonismo de cabaña, milperío, setos vivientes y alfarería ingenua.

Allí hay partidas de "güiriches" desastrados, reses-plebe, populacho depauperado e indígena. Panecillos de la feria, confetti de juguetería infantil. En cuellos morenos, circulares caricias de chachales. Al fondo, Minerva vibra en azul su lanza de oro. Veredas en que los conejos se dan citas nocturnas, y se encabritan espantadas al filo de barrancos con humaredas de vértigo. Más allá, la llanura en que se apaciguan pueblecillos con fuegos que se hacen más evocativos, más lejanos, a la primera piedad de las sombras. Y limitándolo todo, engrandeciéndolo todo, la cordillera, que constituye el último término del paisaje y desenvuelve pitónicos anillos hasta ir a beberse el agua del mar.

Mas si el espíritu se humedece en rocío de emociones sencillas, se va hacia el otro campo espléndido, de modernidad estimulante, amplia y alegre, a ver lo nuevo para sentirse nuevo también en el engranaje de lo que fue, es y ha de venir, cara al horizonte que va hacia la montaña y las aguas de Balboa. Jubilosos mecanismos de Coney Island. Palacios agobiados de arte, agricultura e industria. Príncipes de la sangre de la ganadería en cuyas pupilas se estrellan olas de Jersey o dan vueltas molinos de Holanda. Cerca a la triste chirimía gesticula el jazz-band. El lujo vibra y enjoece.

El aire es la luz misma, en las canchas del día. Se aspira claridad. Y este matinalismo nos comunica divinidad, como a los atletas que iban en selección a los estadios eácidos a arrancar en las justas del músculo, laureles para su frente, sus padres o el demos natal. Arcoirisa

movimientos el gentío estallante y ligero. Por la noche, el arrabal de Cosmópolis está bombardeado de colores.

En el cercano horizonte, aprieta sus puños en alto el frente popular de los volcanes.